P.—¿Qué pedís diciendo: no nos dejes caer en la tentación?

R.—Que no nos deje Dios consentir en los malos pensamientos y tentaciones, que nos mueven á pecar.

P.—¿De cuál mal pedis que nos libre diciendo: mas líbranos de mal?

R.—De todos los males y peligros, espirituales y corporales.

P.—¿Y si nos conviene padecer?

R —Pedimos paciencia y gracia, con que los males se conviertan en bienes.

P.—¿Qué quiere decir amén?

R.—Así sea, cuando se dice al fin de las oraciones.

Los enemigos del alma, de los cuales se habla en el complemento de este Catecismo, y son mundo, demonio y carne, nos ponen en peligro de pecar. Dios nuestro Señor se lo permite para premiar nuestra victoria. No podemos conseguirla con nuestras fuerzas, pero sí con la ayuda de Dios, que suplicamos se nos conceda, al decir esta sexta petición. Las tentaciones suelen ser frecuentes ó inesperadas, más ó menos fuertes, ya claras, ya encubiertas y hasta con apariencia de bien. Por eso hemos de vivir en vela como soldado en tiempo de guerra, que lo es toda la vida presente; y la vela consiste en evitar cuidadosa, mente, lo que de suyo produce ó atiza esos malos pensamientos é inclinaciones al mal; y además, en que al asomar la tentación, acudamos cuanto antes á la oración: Señor, no nos dejes caer en la tentación; instando, con esas ó parecidas palabras, tanto más cuanto más arrecia el peligro.

Quien reza á menudo el Padre-nuestro, recibe más á tiempo los auxilios del cielo, y está de antemano prevenido para cuando asalta la tentación. No pedimos vernos libres de toda tentación, porque esto, dice San Jerónimo, es imposible, ni nos conviene; ni quiere concederlo el Señor; antes el mismo Jesu-Cristo permitió al demonio que le tentase, y anunció á los suyos que tendrían que luchar contra las tentaciones. Con

todo, como las hay que son castigo de nuestros pecados, y de que á veces nos convendrá vernos exentos; podemos también suplicar al Señor, no sólo que nos dé victoria, sino que nos quite aquel peligro; y así, en la petición séptima añadimos: mas líbranos de mal; esto es, de todo lo que nuestro Padre celestial sabe que es para nosotros un mal verdadero. Cae uno enfermo; lícito es pedir la salud, y la pedimos en esas palabras; pero cuando Dios vea que esa enfermedad es un mal. Porque ¡cuántas enfermedades y demás contratiempos aprovechan al alma, nos desengañan del mundo, nos quitan la ocasión de pecar, contribuyen á que nos salvemos, y son por lo mismo un verdadero bien!

¡Qué poco reflexionan los cristianos que apenas acuden á Dios, sino cuando les envía algún revés de fortuna, ó enferman ellos ó un miembro de la familia, y luego se quejan si no salen de aquel aprieto! Para muchos es un mal la prosperidad y un bien la pobreza.

LECCION 16.

De otras oraciones.

P.—¿Hay otras oraciones además del Padre-nuestro?

R.—Si, padre; las de la Escritura, Iglesia y Santos.

Los libros piadosos, en particular los devocionarios aprobados por la autoridad eclesiástica, ó sea por el Ordinario, ofrecen á los fieles oraciones para todos los actos religiosos y demás circunstancias de la vida; y sirven mucho para explayar el corazón en el acatamiento divino, hallando en ellas lo que ó no nos ocurriría, ó no sabríamos expresarlo. También mezclan la instrucción religiosa con los afectos, y ayudan á meditar los divinos misterios.

Bueno es, no obstante, repetir, tanto para los que usan devocionario, como para los que no pueden tenerlo, que la mejor oración es la del Padre-nuestro; el cual puede el alma devota, movida de Dios, meditar á sus solas, y explanar á su modo según la presente necesidad, ó el buen afecto que domine.

P.—¿Qué oraciones decimos principalmente á Nuestra Señora?

R —El Ave-María y la Salve.—Decidlas...

P.—¿Quién hizo el Ave-María?

R.—De la salutación del Angel y de Santa Isabel se tomó la primera parte; y la Iglesia añadió la postrera.

P.—Y la Salve ¿de quién la aprendimos?

R.—Del uso de la Iglesia.

P.—Cuando decimos estas oraciones, ¿con quién hablamos?

R.—Con la Virgen Santa María.

El Arcángel San Gabriel fué quien anunció á la Virgen el misterio de la Encarnación, saludándola de parte de Dios con el Ave-María, hasta la palabra: y bendito es el fruto de tu vientre. Estas las dijo Santa Isabel, llena de Espíritu Santo, al recibir en su casa á su prima, á poco de haber esta Señora concebido en sus virginales entrañas al Verbo encarnado. Lo demás, así como la Salve, lo aprendemos de la santa Iglesia, á quien rige el mismo Espíritu divino.

P.—¿Quién es la Virgen María?

R.—Una gran Señora llena de virtudes y gracia, que es Madre de Dios y está en el cielo en cuerpo y alma.

P.—¿Es también Madre nuestra?

R.—Sí, padre: su Hijo nos adoptó por hermanos, y ella por hijos á todos los hombres.

P.—Y la que está en el templo, ¿quién es?

R —Imagen suya.

P.—¿Para qué está allí?

R.—Para que por ella nos acordemos de la que está en el cielo, y por ser su imagen la hagamos reverencia.

Tan excelsa es esa Señora, que, después de Dios,

nadie tan excelente como su Madre, á quien las tres divinas Personas aman más, y por lo mismo han favorecido más que á ninguna otra criatura. Podemos decir con San Alfonso María de Ligorio, que la primera gracia otorgada á la Virgen sin mancilla fué mayor, que cuanta gracia ha distribuido y distribuirá Dios entre todos los ángeles y santos; gracia que la Señora duplicó á cada instante con su perfecta cooperación, consiguiendo una santidad sin igual y sólo inferior á la del mismo Dios, como enseña el Papa Pío IX.

Murió María Santísima, pero no por el motivo ni de la manera que los demás; murió porque así convenía, habiendo muerto su Hijo; y murió, no de enfermedad corporal, sino en fuerza de la caridad, y del vivísimo deseo de estar con su Hijo en la gloria. Su cuerpo virginal é inmaculado no sufrió descomposición alguna, y, según tradición de la Iglesia, su Hijo la resucitó á los tres días, y entre coros de ángeles condujo en triunfo á su Madre, colocándola cabe sí en lo más alto del cielo. Mas ¡oh dicha nuestra! ¡que Señora tan excelsa nos ha sido dada por madre! Desde que asintió á ser Madre del Salvador, asintió á tener por hijos á los que el propio suyo tomó por hermanos; y cuando nuestro amorosísimo Redentor nos devolvía con creces, al precio de su propia vida, el ser de la gracia; la Madre Virgen unía, al pie de la Cruz, sus acerbísimas penas á la Pasión del Hijo, cooperando á que renaciésemos á la vida sobrenatural, y siendo en ese orden nuestra Madre. Más, incalculablemente más debemos á María Santísima que á nuestra madre carnal: mucho más le costamos y mucho más amor nos tiene. Repitamos á menudo con afecto filial, á imitación del angélico joven San Estanislao de Kostka: «La Madre de Dios e mi madre», y esta breve oración: «María, madre de gracia, madre de misericordia, defiéndenos del enemigo, y ampáranos ahora y en la hora de nuestra muerte.» Y esta: «¡Oh madre de ambos hijos! No consientas que el hijo reo sea condenado por el Hijo Juez; antes

con piedad maternal procura que el hijo reo se reconcilie con el Hijo Dios.» Todos los santos han tenido y tienen entrañable devoción á María Santísima, á quien su Hijo ha constituido dispensadora de todos los beneficios que nos concede, complaciéndose en que nos valgamos de su Madre para obtenerlos, dándonos el amor á ella como prenda de salvación, y gozándose de que la honremos en las imágenes que la representan.

P.—¿Qué reverencia debemos á las imágenes sagradas?

R.—La misma que daríamos á los santos que representan.

P.—¿Y á las reliquias de los santos?

R.—La que á ellos mismos, que fueron templos vivos de Dios.

P.—¿Hemos de hacer oración también á los santos?

R.—Sí, padre, como á nuestros medianeros.

P.—¿Tenéis un ángel que os guarda?

R.—Sí tengo, y cada uno de los hombres tiene el suyo.

P.—¿Qué oraciones decimos á los santos?

R.—La letanías y otras, también el Padre-nuestro y Ave-María.

P.—Pues en el Padre-nuestro y Ave-María, ¿no habláis con Dios y su Madre?

R.—Sí; mas á Dios pido por medio de los santos, y á ellos para que sean intercesores.

P.—¿Quién es nuestro principal medianero ante Dios?

R.—Jesu-Cristo en cuanto hombre, sin el cual ningún otro vale.

P.—¿Para qué usar más intercesores?

R.—Porque Cristo quiere honrar así á los santos, y que ellos le honren.

Los santos del cielo, mientras vivieron en este mundo, se humillaron y sacrificaron por dar gloria y contento á Dios; por eso el Señor, cumpliendo su promesa, los ensalza ahora en la vida bienaventurada, y aun en la tierra, con una honra, amor y veneración, cuales ningún emperador ni sabio conquistador del mundo consigue.

Se complace en que nosotros los honremos con nuestros cultos; son sus amigos y cortesanos, quiere que nosotros los tomemos por medianeros; y ya que no los vemos presentes, los veneremos é invoquemos en sus imágenes y reliquias. Nada más conforme á razón que esta doctrina católica, confirmada con la experiencia de los favores y milagros, con que Dios á cada paso premia la devoción de los fieles. Apenas hay pueblo en España y otros países sin alguna imagen milagrosa de Jesu-Cristo, de María Santísima ó de un santo. También los ángeles buenos son santos, y es justo y provechoso invocarlos, principalmente al Angel de nuestra guarda, que de día y de noche, en casa y fuera de ella, nos asiste y defiende, sugiriéndonos buenos deseos, y presentando á Dios y á su Madre Santísima nuestras oraciones, á las que él y los demás espíritus bienaventurados juntan las suyas. Gran veneración se merecen los ángeles; como que los santos á quienes Dios regaló con la visita de alguno de ellos, se prosternaban en tierra llenos de santo pavor en su presencia.

Nosotros no vemos al Angel de nuestra guarda, pero sabemos que siempre está á nuestro lado, y que por su parte no nos abandonará hasta llevarnos consigo al cielo. ¡Cuánto decoro y modestia habríamos de observar en todo tiempo y lugar!, ¡cuánto agradecimiento y amor hemos de profesar á tan fiel y excelente ayo y defensor! Le hemos de invocar en cualquier peligro de alma y cuerpo.

Por lo demás, la honra que damos á los santos y ángeles de Dios, á Dios la damos; y el valor de su intercesión les viene de nuestro Redentor Jesu-Cristo, el cual á veces no intercede hasta que nos valemos de su Madre ó algún santo. Santos hay, á quienes Dios se muestra más propicio en socorrer alguna especial necesidad, como lo experimentan sus devotos. A San Roque se acude con particular confianza en las pestes; á San Ignacio de Loyola, en los partos difíciles; á San Blas, en los males de garganta; á San Antonio

de Padua, para hallar cosas perdidas; á San Luis Gonzaga, contra el vicio deshonesto; sin que por eso se crean ineficaces los ruegos de esos santos en otros aprietos, ni en esos mismos los de otros Patronos, pues el fruto de la oración estriba principalmente en las cualidades de la misma.

En todo se acomoda el Señor á nuestra condición, y en esto, á lo que naturalmente acaece en las relaciones de un príncipe con sus validos y sus súbditos.

TERCERA PARTE

EN QUE SE DECLARA LO QUE SE HA DE OBRAR

LECCION 17.

Sobre los Mandamientos.

P.—¿Basta creer y rezar para no condenarse?

R.—Eso quisieran muchos malos para darse sin temor á los vicios.

P.—¿No dijo el Señor que la fe salva?

R.—También dijo: si quieres salvarte, cumple los Mandamientos.

P.—Según eso, ¿qué fe es la que salva?

R.—No la muerta, sino la viva por la caridad.

P.—¿Qué son los católicos que no practican, lo que Dios y la Iglesia mandan?

R.—Hijos desobedientes á su padre y madre.

Increíble parece lo que ciegan los vicios, y el querer cada cual interpretar la santa Biblia á su antojo. Una de las primeras herejías de Lutero fué, que para salvarse no se necesita guardar los Mandamientos. Para persuadir absurdo tan monstruoso, adujo los textos en que Jesu-Cristo dice: que quien cree se salva; pero omitió la explicación que el mismo Cristo da á esas palabras, cuando á cada paso nos enseña «que si queremos salvarnos, guardemos los Mandamientos; que no basta decir Señor, Señor, si no cumplimos lo